

## Bola Negra

El entomólogo Endo Hiroshi decidió, cierta mañana, dejar de comer todo aquello que pudiera parecerle saludable al resto de las personas. Tomó la decisión luego de la noche de insomnio— provocado quizá por el recuerdo de la vieja cocinera de la casa partiendo hacia la Caravana de los Seres Desdentados—<sup>1</sup>, que siguió al banquete de bodas de sus padres. Durante aquella noche había sentido, entre dormido y despierto, la desaparición de sus brazos y piernas provocada por la voracidad descontrolada de su propio estómago. Fue tal la agresividad que mostró aquel órgano que Endo Hiroshi, con las primeras luces del alba, ya se sentía miembro del bando de aquellos que comen sólo para estropearlo. De los que pretenden transformarlos en apéndices casi inservibles. Endo Hiroshi conocía de cerca historias de jóvenes, que morían mostrando una delgadez extrema por negarse de pronto a comer ni un grano de arroz. Algunos decían que muchas de aquellas inapetencias eran causadas por alguna desilusión amorosa, y otros que se producía por seguir de una manera estricta la imposición de las modas que provenían de Occidente. Por el contrario, sabía también de hombres y mujeres que comían hasta hartarse mostrando en sus corpulentos cuerpos la imposibilidad de abstraerse al desenfrenado deseo de representar dentro de sí mismos el universo entero.<sup>2</sup> En su familia, en más de una ocasión se habían dado las dos situaciones opuestas. Se presentó incluso el caso de unos primos, mellizos, en el que la hermana se consumió producto de la anorexia y el hermano se convirtió en un destacado luchador de *Sumo*.<sup>3</sup>

Endo Hiroshi recordaba también algunas historias de los años de guerra, que oyó de niño, en las que solía hacerse referencia a una escasez tal que obligó a muchos a matar por una ración de arroz o un trozo de pescado.<sup>4</sup> Asimismo había escuchado relatos de la existencia de carne de roedor envuelta en delicados *sushis*, y de jóvenes que se dedicaban a atrapar moscas para después consumirlas a manera de *mijo*.<sup>5</sup> Parece que el impacto de esos cuentos motivó que el entomólogo Endo Hiroshi adquiriera, desde pequeño, un espíritu que de cierta manera mezclaba una suerte de aversión y reverencia hacia la comida. Por ese motivo nunca dio la impresión de estar de acuerdo con aquella expresión extranjera, que afirmaba que la cocina de su nación parecía estar hecha más para la apreciación visual que para ser consumida.<sup>6</sup> En casa de sus abuelos, donde pasó parte de su infancia porque a sus padres les estaba prohibido vivir juntos mientras no muriera la cocinera, no se acostumbraba desperdiciar nada comestible. Muchas veces —basados principalmente en el libro de enseñanzas del Profeta Magetsu, del cual toda la familia era devota— se había ejercido una peculiar manera de preparar los alimentos, que consistía en enterrar los ingredientes varias horas seguidas en medio de piedras encendidas con leña o carbón. El Profeta Magetsu, monje del que se dice no había tenido una sino muchas muertes, concebía la creación del universo como un obsequio de la madre tierra a los elementos constitutivos del cosmos, entre los que estaba incluido, por supuesto, el ser humano.

Durante un viaje que hizo al África, invitado por la sociedad de entomólogos de la que formaba parte, Endo Hiroshi debió consumir todo el tiempo alimentos empaquetados, que compró en un negocio cercano a su casa que le recomendaron los miembros de la asociación a la que pertenecía. Realizó por eso aquel viaje llevando en sus maletas botes, platos y vasos de plástico que contenían distintas fórmulas de alimento deshidratado. Endo Hiroshi sólo debía agregar agua hirviendo a los recipientes para conseguir una cierta variedad de comidas que, de algún modo, guardaban un lejano parentesco con las que originalmente se consumían en el país. Esta excursión fue bautizada, por el mismo entomólogo Endo Hiroshi, como “El largo viaje del agua hirviendo”, pues fue fundamental en la trayectoria la presencia de teteras y de estufas portátiles que le permitieron, no sólo alimentarse de forma adecuada sino además tomar el té a la manera tradicional. Endo Hiroshi habría podido

prescindir por varios días de la comida, pero mientras estuviera despierto le era prácticamente imposible dejar de tomar té por más de cuatro horas seguidas. Algunos entomólogos le aconsejaron que aprovechara el viaje y probara uno de los tantos insectos comestibles que se consumían en las regiones que iban visitando. Desde las hormigas comunes, que eran servidas bañadas con miel dentro de cucuruchos de papel, hasta la pulpa de ciertas tarántulas de patas azules que vivían únicamente en la copa de ciertos árboles.<sup>7</sup> Mientras iban alimentándose con estos especímenes, era común que los miembros de la expedición hablaran de las propiedades nutritivas de los insectos. Algunos años atrás ciertos expertos, principalmente el científico Olaf Zumfelde de la universidad de Heidelberg, habían construido una tabla donde se detallaba la cantidad de proteínas de los invertebrados que era asimilada de manera inmediata por el cuerpo humano.<sup>8</sup> Sin embargo, Endo Hiroshi no probó nada distinto a los alimentos envasados que había comprado en su país. Continuó con la travesía llevando siempre consigo sus comidas empaquetadas, el té, su tetera, y la pequeña hornilla que funcionaba con pilas. Faltando unos días para el final del viaje, en el que trabajó con su diligencia habitual, halló un extraño espécimen que se creía extinguido. Encontró un ejemplar desconocido. El único del que se tenía memoria, el *Newton Camelus Eleoptirus*, era de otro color. Logró guardarlo en la mejor de las condiciones posibles, y sin decirle nada al resto de la expedición lo llevó consigo en el viaje de regreso.

Una vez desembarcado, se dirigió directamente al laboratorio que tenía montado en la parte trasera de la que después sería casa de sus padres.<sup>9</sup> En ese entonces, sus padres aún estaban solteros y vivían separados. Pese a esta situación, los miembros de la familia se encontraban todas las noches en esa casa, que habitaba Hiroshi desde la infancia, para rezar las oraciones del monje Magetsu. Endo Hiroshi sabía que el hallazgo del insecto era fundamental para su carrera de entomólogo. Su nombre, Hiroshi, iba a ser utilizado a partir de entonces para nombrar siempre a la especie cazada. Según sus conocimientos, y el de otros muchos investigadores, el insecto que se conocía era azul y no rojo como el que Hiroshi había encontrado. *Hiroshi Camelus Eleoptirus* sería el nombre que llevaría esta nueva variedad. Pero cuál no sería su sorpresa, cuando al abrir la caja de plástico encontró sólo una pequeñísima bola negra en lugar de su insecto. La bola era tan minúscula, que incluso fue curioso que se diera cuenta de su presencia. La caja había sido diseñada especialmente para transportar ejemplares de esa naturaleza. Es decir, insectos de pequeñas y medianas proporciones. Las fabricaban exclusivamente para los miembros de la sociedad de entomólogos a la que pertenecía. Estaban hechas de tal modo que los insectos atrapados podían vivir mucho tiempo en su interior. Era impensable que se hubiese escapado el eleoptero encontrado la semana anterior. Endo Hiroshi lo había visto en el aeropuerto de Nairobi antes de abordar el avión de regreso. Dentro de la nave le había echado otra ojeada y el día anterior, inmediatamente después de instalarse nuevamente en su casa, lo había estado contemplando largo rato bajo unas lentes de entomólogo.<sup>10</sup> En esa última ocasión estuvo comparándolo no sólo con el *Newton Camelus Eleoptirus* que aparecía en una ilustración del libro de insectos que siempre llevaba consigo, sino con una serie de tratados especializados que llenaban la biblioteca de su estudio. Fue tal la impresión ante la ausencia que no reparó en la llegada de sus padres a la casa, quienes a partir del regreso sano y salvo del hijo se preparaban a reanudar las oraciones en la sala principal de la casa. Durante las semanas que había durado el viaje al África no habían tenido otra alternativa sino la de rezar en el propio templo del Profeta, que se levantaba en las faldas del monte principal. Para lograrlo habían tenido que realizar fatigosos ascensos. Las cosas no podían hacerse de otro modo. Era tal la prohibición antes de la muerte de la cocinera, que los padres no solamente estaban impedidos de vivir juntos antes de que se casaran sino que ni

siquiera podían permanecer un minuto en el casa principal sin la presencia física del hijo.

Hiroshi escuchó que lo llamaban, querían seguramente saludarlo pero quizá lo más importante era que los ritos religiosos no podían comenzar en su ausencia. Shikibu, la vieja sirvienta, terminaba en esos momentos de preparar la gran olla de arroz blanco que se ofrecería luego de la ceremonia. Desde que había cumplido los quince años de edad, el cuenco de arroz que se servía después de las oraciones era el único alimento que Endo Hiroshi consumía durante la jornada. Arroz y, como se señaló, varios litros de té. Cualquiera hubiera dicho que esa dieta lo pondría delgado y débil. Sin embargo, su lozanía demostraba lo contrario. Como los viejos monjes, incluso como el mismo Profeta Magetsu, un cuenco de arroz diario era comida suficiente para atravesar la vida entera. Respecto a esta idea se dice que una de las muertes del Profeta Magetsu, al parecer la definitiva, ocurrió cuando el Profeta decidió permitir que su cuerpo fuera el alimento de su propio cuerpo.<sup>11</sup> Para dejar evidencia del proceso, en el que su carne desapareció gradualmente para curiosamente convertirse en una huella de su propia carne, contó con la presencia de su discípulo, Oshiro, quien escribió en un gran pergamino de papel de arroz, disponible actualmente para quien quiera consultarlo, las palabras que su maestro le fue dictando durante el proceso. El maestro se limitó a pronunciar cada día una palabra. Curiosamente, la última puede ser traducida como *paz*. Resulta extraño que un ser de la altura espiritual del Profeta Magetsu, al final de un proceso de muerte tan complejo como el que llevó a cabo hubiese pronunciado una palabra cuyo sentido para muchos puede resultar más que obvio.

Antes de comenzar el ritual de adoración al Profeta, tanto los padres como Endo Hiroshi debían proceder a revisar los dientes de la anciana cocinera. Los padres fueron siempre los más interesados en aquella inspección, pues sólo podrían casarse y gozar a plenitud su condición de señores de la casa cuando aquella mujer perdiera la dentadura completa. El día en que no pudiera volver a comer la cocinera moriría por inanición durante el viaje solitario -un camino sin fin que debía iniciar en uno de los tantos caminos que rodean al monte principal-, que tendría que emprender la misma noche de la celebración de las bodas de sus señores. Bastaba que en la inspección de la dentadura se detectase la ausencia de todas las piezas para que, de inmediato, se iniciaran los preparativos de la celebración. Por lo general dos días después estaba todo consumado. Los señores ya eran marido y mujer. Durante esas jornadas la anciana no podría probar ni una migaja del banquete nupcial, estado que sería fundamental para que en su camino a la muerte las acciones se precipitasen lo más rápido posible.

Unos minutos después, luego de los saludos de rigor y de presentar sus respetos a la imagen del Profeta Magetsu, se procedió a la inspección de la boca de la cocinera. Todavía no era el momento de comenzar las oraciones en regla, pues era importante, para encontrar el tono adecuado de practicarlas, saber si se oraba conociendo que la cocinera contaba con piezas molares o no. En esa ocasión, pese a cumplirlos a cabalidad, Endo Hiroshi no le dio ninguna importancia a los ritos que dirigía. Estaba consternado con la desaparición del insecto. Pero, como fiel devoto, disimulaba lo más que podía. Se había colocado su tradicional túnica y, después de saludar a sus padres como lo debe hacer cualquier hijo que regresa de una larga expedición les comenzó a arrojar, a sus cuerpos tendidos, el agua correspondiente -que iba sacando de un pequeño cuenco de madera-. Luego de los saludos, los padres se habían acostado en el suelo boca abajo y cuan largos eran. Cuando se terminó aquella parte del ritual, notaron la ausencia de la cocinera. Los padres intuyeron, al instante, la verdad. Se dirigieron rápidamente a la cocina donde encontraron a la anciana, escondida detrás de las leñas del fogón. Como lo presumieron, al abrirle la boca, descubrieron que la

última muela, que los había tenido en vilo durante los últimos años, había desaparecido

Mientras la vieja sirvienta suplicaba y se negaba a separar nuevamente las mandíbulas Endo Hiroshi, quien había seguido a sus padres hasta la cocina, pareció comprender entonces lo sucedido con su insecto. Entendió que la minúscula bola, que había hallado en lugar del exótico ejemplar, se trataba de una especie de estómago del insecto. Aunque en realidad parecía ser nada más que el bicho deglutido por sí mismo. No podía serle extraña una teoría semejante. No en vano había pasado casi toda su vida, exactamente todos los momentos que le dejaba libre su profesión de entomólogo, dirigiendo los ritos del monje Magetsu. Parecía haberse repetido, en su caja de entomólogo, el proceso por el que había transitado el monje antes de morir de manera definitiva. Aquella bola tenía que ser una masa informe, conformada por los elementos que habían constituido al pequeño bicho. Los gritos de la anciana fueron desgarradores.<sup>12</sup> Los padres se mostraron inflexibles. Finalmente la anciana calló —mostró de pronto un repentino silencio que pareció ser una rotunda aceptación de su destino—. Los padres pudieron entonces, tranquilamente, discutir los preparativos de la boda. Principalmente hablaron del banquete. Servirían comidas tradicionales. No habría toques modernos, salvo los besugos ofrecidos a los recién casados antes de que comenzase la ceremonia. Había que pensar en el cocinero que tuviera la maestría suficiente para preparar el *Besugo fantasma*.<sup>13</sup> La receta consistía en destazar el pez hasta dejarlo descarnado pero vivo, para luego introducirlo en una pecera que sería puesta en el centro de la mesa de los novios. La pareja de recién casados comería la carne mientras el animal seguía nadando, moribundo, mostrando sus órganos internos a todo el que quisiera verlos. Como señal de buen augurio para el matrimonio, la comida debía durar el tiempo exacto que tardaba el pez en morir.

El entomólogo Endo Hiroshi corroboró aquella noche sus sospechas. Luego de que condenaran a Shikibu y que realizaran, de una manera más intensa que la habitual los ritos para el Profeta, ya en su habitación y con la ayuda de un microscopio vio que, efectivamente, el insecto parecía haberse consumido a sí mismo. Sin razón aparente, experimentó un acceso de náuseas. Vomitó. Mientras tanto, en la planta baja, sus padres continuaban con los planes. A partir de entonces la madre podría, además de arreglar la casa a su gusto, pintar sus dientes de negro. El padre, aparte de comenzar a dar las órdenes para el funcionamiento del hogar estaba en el derecho de ir al dentista para hacerse extraer de una vez por todas la parte frontal de la dentadura. Esas características, de los dientes negros y la ausencia de dientes en la parte anterior, era los símbolos de encontrarse en posesión de una vida plena. Reflexionando en la transformación que había sufrido un insecto que podría haberse llamado *Hiroshi Camelus Eleoptirus*, nombre que de inmediato lo habría llevado a la fama internacional, decidió que después de las bodas de sus padres el fin de su vida iba a consistir en atenuar, hasta el mínimo punto posible, el normal funcionamiento de su estómago. Buscaría neutralizarlo de una manera similar a la atrofia hepática que llegan a sufrir ciertos gansos, cebados con obsesión por sus dueños, o los gatos que en ciertos países suelen ser criados en jaulas minúsculas y alimentados con maíz aromatizado con sustancias químicas.

Cuando al día siguiente el sol entró por la ventana, iluminando la caja de plástico que contenía aún el supuesto estómago del insecto, Endo Hiroshi decidió no sólo comerse aquella bola negra sino también una serie de gorgojos y otros bichos que recolectaría durante la mañana. En el ropero de su cuarto guardaba, casi intacto, el traje para la cacería de orugas que se celebraba los años bisiestos. La última vez que participó en una de esas jornadas lo hizo acompañado de su prima, la muchacha sumamente delgada que murió como consecuencia de esa delgadez y de su primo, el obeso luchador de *Sumo*.